

Daniela Viviani

LUISA

1912

Feminista del Chile centenario

 **Planeta**

Capítulo 1

Clac, clac, clac...

Quedé atrapada en la melodía emitida por los adoquines tras el paso de carros de sangre y carretas. La podía escuchar claramente desde mi ventana y cómo iba desapareciendo gradualmente en la distancia, al igual que la voz de las personas que pasaban por la calle Compañía de Jesús.

Hoy he despertado nostálgica por mis días de infancia. El dulce recuerdo de una inocencia que me hacía creer que las sábanas de algodón que me arropaban por las noches, la refrescante brisa veraniega de Cartagena, un cuarto de toilette completamente amueblado y los manjares dispuestos en la mesa eran elementos propios de cualquier hogar chileno.

El confort de esa vida acomodada e infantil poco tenía que ver con ojos de colores, cabellos rizados y pieles de mayor o menor estirpe. Para mí eran iguales mis hermanos, vecinos, criados y hasta las monjas rosas que solía divisar por la calle Amunátegui. No asociaba, en ese entonces, que los rasgos que decoraban nuestro rostro y cuerpo podían otorgarnos mayor o menor valor y, ajena a todos esos prejuicios, fui una niña feliz por mucho tiempo. Esta mañana, me aferré a ese sentimiento con un extraño anhelo.

Realmente no me quiero levantar. Desde mi puesto, mi mirada se resistía a abandonar los cortinajes espesos y los muebles de brocato que decoraban mi habitación.

—¡Pero, señorita! ¿Todavía en camisola?

—¡Ay, Petronila!

—¿Se tomó el tecito que le dejé?

—Sí.

—¿Y el jarabe ese *pa'* la anemia? ¿El «Seme-cuece»?

—Se dice «Somatose», Petronila. El tónico Somatose.

—¿Se lo tomó?

—Todavía no...

—¿Me está embromando, *iñorita*?

La criada de grandes proporciones me miró fijamente y, en cruel castigo por mi negativa, abrió las cortinas de par en par, dejando entrar al furioso sol de febrero para que me achicharrara.

—Ahora voy a ayudar a su madre con el corsé y más rato vuelvo por el suyo, ¿me entendió?

—Sí, pero cierre la cortina, Petronila, ¡por favor!

—¡No!

Y como si no hubiera quedado claro el mensaje, Petronila levantó la mano en señal de la buena palmada que me daría si no cumplía con lo solicitado. El gesto me transportó por segunda vez a mi infancia, ¡pero a recuerdos menos gratos que los veraneos en la costa! Así que me levanté de la cama de un salto y comencé a desarmar mis trenzas como muestra de obediencia. Ya satisfecha, la mujer me sonrió con los pocos dientes que le quedaban y cerró la puerta tras de sí, dando por finalizado mi acto de rebeldía, ¡tan fugaz como el estornudo de gato!

Nada que hacer.

Me dirigí al tocador arrastrando los pies y las ganas de revivir tiempos mejores. Un desfile de botellas y recipientes salieron a mi encuentro, donde mi vista se perdió por largos minutos. Perfumes, pinches, cepillos y mejunjes perfectamente ordenados por función, color y forma.

—¿Rebelde? A quién quiero engañar...

Y en un acto casi inconsciente, me quedé mirando mis manos por largo rato. Luego pasé a mis pies. Y así continué absorta en mis extremidades hasta que no me quedó más opción que levantar el rostro y enfrentarme finalmente al espejo... Ahí estaba la boca que todavía no ha experimentado la pasión de un beso. Y bajo la camisola de algodón, el vientre que no había engendrado ni un sola vida. En cuatro días más será 24 de febrero, cumpliré veintitrés años y me transformaré en esa mujer cuya frescura de juventud se convirtió en un tesoro que no supo aprovechar. Una solterona.

—¡Mis polvos de arroz! ¿Dónde los dejé? Seguro que con unos cuántos retoques quedaré hecha una princesa...

Eso es lo que siempre digo para animarme. Sin embargo, la sonrisa en mi rostro no se condice con las lágrimas que inevitablemente se deslizaron por mis mejillas. Era un retrato tan triste el mío que me resultó imposible seguir mirándome al espejo. Apreté los dientes, también los puños. Hice todo lo que se supone debía hacer y heme aquí, ¡tan fea! ¡tan fracasada!

—¡¿Por qué tuviste que salir tan india, Luisa Clementina?! —reclamé al aire y de un solo sorbo, me tomé el tónico que prometía devolverme el vigor perdido. Es que, hasta en mis peores enojos, sigo obediente a lo que los demás quieren de mí.

—Ejecuto las partituras más difíciles, solo leo literatura escogida. ¡Hablo perfectamente el francés y el italiano!

—expuse aireada. Y con cada reclamo me daba un tirón de cepillo en mis largos cabellos—. He seguido religiosamente cada ritual de belleza. ¡Agua de rosas para resguardar el brillo de mis ojos! ¡Zumo de limón, suero de leche y miel sobre el rostro para evocar la blancura de mi tez!

Más tirones, más resentimiento. ¡Menos mal que pelo no me faltaba!

—Sabía que levantarme de la cama no haría ninguna diferencia... —mascullé y di por terminado el desahogo matutino frente al cristal.

Una joven de largos cabellos negros, nariz aguileña, ojos oscuros y piel trigueña me devolvió una mirada cansada, casi suplicante, desde el otro lado del espejo. Cuando la observo con detalle, no puedo evitar reconocer en ella los rasgos de mi madre. ¡Sí, ahí estaban! ¡Me parecía mucho a ella! La sonrisa se asomó por mis labios nuevamente.

—No, no es verdad... —susurré y el gesto se convirtió en una mueca.

Me faltaban la cabellera de oro y la piel de porcelana de doña Teresa, útiles recursos para confundir al espectador con una imagen más agraciada de la que realmente existía. ¡Ay, mi madre que a sus avanzados sesenta y ocho años todavía gozaba de gracia y belleza! Ella, que con el afán de procurarme un futuro próspero, me exigía continuamente una estampa impecable y finísimos modales. Ella, esposa abnegada. Ella...

—¡... la puta desgraciada!

Miré para todos lados, temerosa de oídos indiscretos. Así que dicho el impropio, recé sin demora un padrenuestro y dos avemaría en voz alta que no lograron aplacar el placer culpable de echar unas maldiciones al aire. Y luego, en un incontrolable impulso, corrí hacia la puerta que conectaba

con la pieza vecina para abrirla de un sopetón. Ahí estaba mi abuela sentada, pluma en mano ilustrando escenas de los viajes en Oriente que protagonizó hace tanto tiempo atrás.

—¡Todo es culpa suya, abuela!

Pero doña María Isabel no movió ni una ceja con el reclamo. Para ella, había temas mucho más apremiantes que atender.

—Luisa querida, ¡todavía en esas fachas! ¿No ve que tenemos que hacer las maletas?

—¿Las maletas, abuela?

—¡Por supuesto, chiquilla despistada! ¡Hoy nos vamos de viaje a Bombay!

—Ah, sí, Bombay...

—Recuerde que a las tres debemos estar en la estación.

Apoyada en el marco de la puerta, observé con dulzura a la anciana. Ella, por su parte, no despegaba los ojos de sus dibujos.

—Siendo así, es mejor que me vaya a hacer la *toilette*.

—Bien pensado, *mijita*. Es menester que se bañe, se peine y se vista apropiadamente antes del viaje. Pídale ayuda a la Carmela con eso, ¡vaya ligera!

¡Ay, mi querida abuela! Hacía ya tiempo que la cordura de la distinguida dama de sociedad estaba algo mermada. Aunque ya habían pasado muchísimos años desde que ella y su marido visitaron Bombay por negocios, una reciente maldición ancló su memoria en esos recuerdos del Oriente que ahora registraba compulsivamente en papel y tinta china. Ilustraciones en las que, sin importar cuál fuera la temática, no podía faltar el retrato de un alto y fornido sirviente indio con la mirada fija en María Isabel Echeñique. Y la suya en él.

¡Un amor prohibido a todas luces!

Mi padre, don Ramón Augusto —tercer hijo varón de María Isabel—, curiosamente era el único de los descendientes de los Santa María Echeñique bronceado como un atardecer. Según decían los rumores, el hombre había gozado en sus años de juventud de una fachada atlética y cabellos azabaches que contrastaban con sus ojos azules y facciones griegas heredadas de su madre. En lo que concernía a mi abuelo paterno, este había sido, sin duda, un hombre distinguido, de grandes hazañas e impecable currículo, pero innegable era su perfil redondo y pequeño como tapón de batea.

—Que en paz descanse —murmuré, persignándome.

—Luisa, ¿qué hace ahí con la vista perdida en las moscas? ¡Váyase a hacer la maleta!

Tercera orden y todavía no llegaba a mediodía. Sonreí de mala gana para dar cerrado el asunto.

—Luisa Clementina... ¡hoy nos vamos a Bombay! —exclamó mi abuela a modo de despedida, regresando a su arte. Y yo a mi habitación. Si mi padre supiera de mis objeciones sobre linaje que le hacía a mi abuela, no me salvaría nadie de los correazos y días de ayuno.

Volví frente al espejo. A la realidad. Pensé en las novelas de Dumas para olvidarme de los veintitrés años que se me venían encima. Tanto enojo y melancolía solo contribuirían a generar más arrugas y una mujer de bien debe templar sus emociones.

—Hoy usaré un peinado a la griega. Partidura al medio, cayendo en *bandeaux* sobre la frente —exclamé decidida.

De la unión de Ramón Santa María Echeñique y Teresa de la Cruz Matte Montt nacieron nueve hijos, bendecidos todos con lo mejor de cada progenitor en las más variadas combinaciones: tez canela y cabello rubio; ojos azules y pelo azabache; ojos negros, piel de porcelana y así un variado

etcétera. La excepción fui yo, la octava, a la que no le alcanzó la repartija de buenos atributos como al resto de los hermanos.

Petronila tenía su teoría:

—Patroncita, eso pasa porque cuando usted estaba en el vientre de su madre, nadie le rezó al arcángel San Miguel ni la bendijo con agua bendita *pa'* que saliera blanquita. Sepa usted comprender que, con tanto parto, ¡a cualquiera se le mezclan los colores!

Esa explicación le causaba la mayor de las gracias a la todavía señorita oriunda de Chillán, quien reía con tantas ganas que siempre terminaba contagiándose.

Una criada burlándose de su patrona, ¿quién hubiera imaginado semejante desfachatez? Sin embargo, a ella le perdonaba todo, como lo haría una hija con su madre atenta y cariñosa. Por esa mujer que velaba por mis sueños y sufría con mis desgracias. Para mí, todo eso era Petronila. Y con respecto a mi madre, la biológica, digamos que doña Teresa se reservaba para asuntos y personas más interesantes como, por ejemplo, mi hermana menor.

—Ahora, unos toques de colonia detrás de las orejas...

Menos mal que, después de mi nacimiento, Teresa de la Cruz Matte recibió los tratamientos y bendiciones adecuados que le permitieron traer al mundo a la novena y última hija, Adelaida Teresa de las Mercedes, con toda la blancura exigida por la sociedad. Un ser que contrastaba aún más con mi persona: bellísima, elegante, de nariz fina, ojos verdes, pelo dorado y el decoro de una santa.

—Pero yo gozo de una personalidad más alegre... —murmuré, a modo de consuelo y rezongo que pronto se desvaneció en los brazos de la criada que me atacó a besos.

—¡Avisé cuando entre a la pieza, Petro!

Si mi padre supiera de estas manifestaciones de cariño, no quiero ni pensar qué sería de mi Petronila.

—¡Mi Luisa! Peinada como una reina, ¡pero todavía en calzones y medias!

—No me rete, Petronila. No ve que una vez que me ponga el corsé, quedaré más tiesa que sacerdote en burdel.

Petronila largó otra risotada, haciéndome sonreír. ¡Era tan reconfortante poder mostrarme auténtica en su compañía!

—Petro, ¿me hace el favor de ayudarme a vestir?

—Con todo el gusto, mi patroncita.

—Quiero verme bonita.

—¡No se preocupe, mi Luisa! La voy a dejar preciosa.

La criada corrió por el corsé y lo apretó tanto que comencé a dudar de su cariño. *Hay que saber sufrir para ser hermosa*, repetí mentalmente mientras me quedaba sin aire durante la intervención.

Cometido el crimen, Petronila me enfundó en unas enaguas de tricot de seda y un vuelo de linón con encajes, perdiéndose la mujer en las telas para poder abrochar las medias al portaligas escondido bajo el vestido. Tiesa como estatua, me fui cubriendo de capas, mientras tarareaban la ópera *Rigoletto* para convertirme en toda una *donna immobile*.

—Petronila, ¿por qué trae el faldón amarillo? Mejor vístame con el blanco.

—Se lo va a poner no más. Órdenes de su madre.

¡El amarillo zapallo! Justamente la prenda que me hacía ver como si fuera San Martín de Porres en procesión: una negra cubierta de dorado. Todo por la obsesión de mi madre de seguir las modas parisienses al pie de la letra y de manera tan vanguardista que aquí en Santiago pasaban por «ropa de pueblo».

Respondí a la cuarta orden del día con un puchero. Nada más. «Una niña de cara enojada pierde su encanto y trae un desgaste físico», recordé de una de mis revistas de modas.

—¡Los pesos que debe haber costado esta tela! —exclamó la Petro con la mayor soltura sobre el faldón—. Ya, acérqueme el *ala* para ponerle el corpiño.

—Por lo mismo, Petro, ¿para qué tantas molestias con el vestuario?

—Su madre quiere llevarla a usted y a la Adelaidita a comprar al Gatchave y luego a la sagrada misa de la Catedral. ¡Es necesario que esta mañana esté a punto de agradar!

Suspiré. Y yo, que justamente hoy no quería ver a nadie, probablemente me encontraría con todo Santiago. «El amor propio y el orgullo son los destructores de la felicidad y tranquilidad del hogar», repetí para mis adentros.

—¡Tanto suspiro, tanto suspiro! Páseme mejor las presas *pa'* echarle talco y así poder embutirle los guantes.

—¡Ay!

—Listo.

Terminado el ritual de las vestiduras, cubro mi rostro en finos polvos de arroz. Uso tanto que, por momentos, hasta me parezco a mi pálida madre. Para finalizar, un poco de color para los labios y mejillas.

—No se olvide usted del sombrero, mi patrona —me recordó la Petro, depositando sobre mi cabeza un sombrero con un gran nudo mariposa de terciopelo y plumas blancas.

—Petronila...

—Ay, mi Luisa Clementina. ¡Quedó tan bonita!

—Petronila...

—No me discuta. Ahora le paso el echarpe de raso blanco y chifón.

—Petronila...

—¡Que le digo que se ve bien!

—Petro, por el amor de Dios, póngame los botines. Que sin calzado, no voy a ninguna parte.

—¡Voy ligera, patroncita!

Enfundada en mi llamativo atuendo, bajé por las escaleras hasta el recibidor, esquivando el gran espejo que decoraba una esquina, temerosa de lo que pudiera mostrarme en su reflejo. En la entrada de los carruajes, mi madre y Adelaida ya me esperaban acomodadas dentro de uno de los pocos Renault Landauet disponibles en el país.

—Buenos días, madre. Buenos días, Adelaida —saludé animosa con golpecitos al cristal que me separaba de ellas.

—Luisa Clementina. ¡Suba ligera que ya es tarde!

—Sí, madre.

Desde nuestro hogar, ubicado en Compañía de Jesús con San Martín, no era mucha la distancia que nos separaba de la monumental tienda Gath & Chaves. Por esa misma razón, me pareció que lo más apropiado era proponer un paseo a pie hasta el lugar. La mañana era agradable, y una brisa fresca acariciaba los cabellos.

—Madre, el aire es el mayor destructor de la grasa y caminando se eliminan todos los excesos —argumenté con seguridad.

—Caminar es de rotos —espetó mi madre y el coche partió por fin hacia su destino.

Nada que hacer.

Me remití al paisaje santiaguino que se desplegaba por mi ventana. Al pasar por el Portal Fernández Concha y su Gran Hotel de Francia, asomé la cabeza para mirar en detalle las vitrinas de la Casa Británica, lo que pude hacer sin prisa gracias a una carreta que avanzaba lento por el camino. Mi madre se abanicaba ansiosamente a mi lado, impidiéndome

contemplar los hermosos jardines de la plaza de la Independencia que aparecían por el otro lado del carro. A lo lejos, el Correo Central ya mostraba bastante ajeteo. El auto dobló en la esquina del edificio comercial Edwards.

—Adelaida, ¿se encuentra bien?

Si algo destacaba de mi pequeña hermana era su discreción, pero esta mañana me parecía que estaba más callada y pálida de lo normal. Diría que también la angustia marcaba su semblante, aunque aun así se veía bellísima, vestida con ropajes un tanto maduros para sus recién estrenados diecisiete años.

—Por supuesto que está bien su hermana —interrumpió mi madre—. Luisa Clementina, no sea latosa que ya llegamos.

El inmenso edificio de cuatro pisos, con sus artísticas vidrieras, se reveló imponente ante nosotras. Un palacio con lo mejor de la ropa parisiense, donde el trajín era intenso para ser un día martes. Para mi desgracia, pude reconocer varios rostros a lo lejos.

—Por favor, pare aquí, Carmelo —ordenó mi madre a través del fonil que la comunicaba con el chofer. El pequeño hombre detuvo el carro casi al acto y salió presuroso de su puesto para abrirnos la puerta, desde donde bajamos con bastante prisa. Sin duda, el Renault sabía acaparar las miradas de la gente por su apabullante estampa, pero el espacio cerrado de su carrocería dejaba muy poco lugar para tres mujeres y sus vaporosos vestidos. Intentamos salir de la manera más decorosa, pero fallamos y por poco caemos al suelo.

Por supuesto, no alcanzamos a poner ni un pie dentro de la tienda cuando aconteció el primer encuentro social.

—Teresa de la Cruz Matte de Santa María. Dichosos los ojos que la ven.

—¡Carmen Pérez de Rivadeneira! El placer es todo mío.

Besos en las mejillas. Piropos varios y las palabras de cortesía usuales. Como niñas de buena crianza, Adelaida y yo deleitamos a la concurrencia con una sonrisa permanente en los labios.

—Todavía no me acostumbro a estos maniqués. No se aprecia mucho la caída de la tela, ¿cierto, Teresa? Qué maravilla cuando la ropa era modelada por gente de carne y hueso, ¿no te parece? —comentó la señora.

¡Qué posma la de estas mujeres! Entramos, por fin, al emporio.

—¡Teresa Matte de Santa María! ¡Qué delicia encontrarla por estos lados!

—Mi querida Isidora Vial de Besa, se ve usted encantadora.

Y ahí íbamos otra vez.

—La veo muy bien acompañada de sus hermosas hijas, Teresa.

—Así es. Le presento a Luisa Clementina y a la pequeña Adelaida de las Mercedes, que ya cumple diecisiete años y toca el arpa como si los ángeles movieran sus dedos.

—Con esos cabellos de oro y carita de muñeca, no me extrañaría que la confundieran con la mismísima virgen María.

—¡Ay, Isidora! Usted exagera.

—Verá usted que hablo con la más pura sinceridad.

Las señoras rieron y yo dejé escapar un suspiro de resignación, sin dejar de sonreír, por supuesto. Mi hermana hizo lo mismo, fingiendo el mayor deleite con la conversación, pero yo la conozco y puedo notar que no se encuentra bien.

—Adiós, Isidora, gracias por este encantador saludo. Abrazad a vuestra hijita y mil cosas cariñosas para el señor Besa.

—Mil cariños y saludos para todos en su casa, Teresa.

Cuando por fin terminaron de despedirse, mi madre apuró el paso y nos condujo a una sección de telas importadas para la confección de vestidos.

—... para niñas de quince a dieciocho años —murmuré. ¿Se acordará mi madre que estaba por cumplir veintitrés años en los próximos días? ¿Lo haría a propósito?

—Adelaidita, ¡mira! Con este raso rosa pálido y estos vuelos de encaje de tul bordado podríamos confeccionarle un vestido precioso.

—Sí, madre. Nada me haría más feliz —respondió mi hermana.

Nada podría ser más falso, pienso, pero a doña Teresa le bastaba con que le llevaran el amén. Sonrió a su querubín mientras acariciaba la tela y, con un ademán de sus dedos, solicitó mi inmediata asistencia.

—Luisa Clementina, discreción por favor —me dijo casi murmurando—. Busque al vendedor y pregunte por el valor de la tela.

—Como ordene, madre.

Con el gesto entendí por fin el porqué de mi presencia. Era la chica de los recados.

Contuve el aliento y me moví parsimoniosamente entre telares y accesorios, con la poca dignidad que me quedaba. Porque la verdad sea dicha: tenía unas inmensas ganas de salir corriendo y volver a mis libros en casa.

—Señora, ¿en qué puedo servirle?

«¿Señora?». Estoy segura de que el mundo confabula en mi contra. Una sonrisa tirante se asomó por mi rostro.

—Mi madre me manda a preguntar por el precio de las telas de rosa pálido que están destacadas en el mesón principal. Lo más seguro es que llevemos tres varas de tela.

—¡Señora mía! La acompaño hasta donde estén para atenderlas con propiedad.

¿*Para qué luchar?* Le di las gracias y apuré el paso. Pero ¡vaya sorpresa! No tardé mucho en divisar a mi madre y Adelaida en compañía de un varón de mediana edad y porte distinguido, riendo animadamente.

—Madre, he traído al vendedor...

No alcancé a terminar cuando el recién llegado de bigote espeso interrumpió alzando la voz con sus órdenes.

—Quiero seis varas de estas telas color rosa, tres de encaje de tul e incluya también chifón. ¡Seis varas también!

—Pero, señor Echeverría, ¿nos consiente demasiado! —exclamó mi madre, fingiendo recato.

—Señora Teresa, no me despoje del privilegio de hacerles un obsequio, aunque sea uno pequeño.

Ambos sonrieron haciendo los más variopintos cumplidos. ¡No conoceré a mi madre! Era obvio que el encuentro ha sido premeditado.

—Ah, Luisa. Déjeme que le presente al señor Pedro Echeverría Valdés, connotado abogado. Ha trabajado con su padre innumerables veces.

—Luisa Clementina, un gusto conocerla. Me han hablado mucho de usted —respondió el tal Pedro.

¿*Para mal?* ¿*Para bien?*

La verdad es que el hombre emanaba un aura cínica que no me gustó nada. Sin embargo, y como dicta la etiqueta, estiré la mano que el ya no tan joven caballero besó con sonoridad.

—Distinguidas damas, ¿sería posible robarles un poco de su preciado tiempo y convidarlas a un pequeño festín? Bella Adelaida, ¿qué le parece la idea?

La propuesta pilló a mi hermana por sorpresa, quien buscó con la mirada la de nuestra progenitora, sin saber qué hacer.

—Adelaida está encantada con la invitación, al igual que nosotras —respondió mi señora madre—. Pero, Pedro, mucho tiempo no debe entretenernos. Ya son las once y media y tenemos menesteres que atender.

Al hombre le brillaron los ojos como luceros y una sonrisa amarilla se desplegó en toda su magnitud.

—Doña Teresa, no le quitaré a usted y sus hijas más del tiempo necesario. Una vez terminada la tertulia, solicitaré un carruaje y las dejaré sanas y salvas frente a las puertas de su hogar.

Mi madre sonrió en aprobación. Yo, por acto reflejo, y Adelaida se limitó a hacer una mueca. Creo que nunca había visto a mi hermana tan aterrada como en esa ocasión.

—Entonces, ¡no se diga más! Si las damas gustan de la propuesta, quisiera invitarlas al Hotel Victoria que está a solo unas cuadas. La agradable brisa que bendice esta mañana aligerará nuestros pasos.

—¡Ciertamente, mi querido Pedro! —exclamó mi madre con melodioso acento—. La caminata fortalecerá nuestra salud —agregó, dejándome perpleja.

Suspiré, otra vez.

La autoridad de una madre no debe cuestionarse jamás y menos las licencias que ella pudiese tomar para quedarse con elpreciado trofeo de la razón.

—Tómese de mi brazo, Adelaida —le ordené a la pequeña—. Que en cualquier momento se me desmaya.

La niña obedeció en silencio, mientras mi madre y el señor Echeverría tomaban la delantera. Esa mañana había

mucho movimiento en la calle Huérfanos, así que el paso no pudo ser tan ágil como hubiésemos deseado.

—Hermana —pregunté con discreción, mientras de reojo buscaba alguna librería—, ¿usted conoce al tal Pedro?

En respuesta solo recibí un fugaz apretón de brazo.

—Adelaida, hable con confianza. No me tome usted por cotorra. Lo que le manifiesto es signo de la más genuina preocupación.

Pero nada. Ni aire salió de la boca de la niña.

—El hombre parece agradable en sus maneras —continué mintiendo un poco—. ¡Generoso, sin duda! Con el dinero y en halagos hacia su persona.

—Hermana, no siga por favor...

—Adelaida, discúlpeme si me excedo, pero el señor es un poco mayor para usted, ¿no cree? Y...

—¡Llegamos!

¡Dios mío santísimo!

Me pillé de frente con mi madre y su expresión avinagrada. Sin la mayor delicadeza, la mujer me separó de Adelaida de un tirón y entró al vestíbulo del hotel, dejándome sola y media aturdida. El señor Echeverría tampoco tuvo mayor consideración y siguió presto a las damas.

Sentí cómo la rabia coloreaba mis mejillas, pero la intenté reprimir pellizcándome el brazo. Para colmo, las lágrimas amenazaron otra vez, nublándome la vista por unos segundos.

—¡Dios mío!

Respiré, respiré muy profundo para aliviar mis nervios. Con la cantidad de polvo de arroz que llevaba sobre la cara, llorar era un lujo que no me podía permitir.

—Con un poco de buena voluntad y energía se recuperan los afectos —recordé con voz temblorosa el consejo de una monja. ¿Llegará el día en que haré feliz a mi madre?

Un botones me abrió la puerta y entré al hotel lo más airoso que mi alicaído espíritu me lo permitió. Después pregunté por el comedor donde supuse que se encontraba el grupo y avancé entre las mesas hasta que di con el exuberante sombrero de doña Teresa. Ella y Pedro conversaban animadamente y optaron por ignorarme cuando aparecí. Allá ellos. El despliegue de manjares que hacía gala sobre la mesa, con sus delicados sabores y magnífica presentación, me pareció mucho más interesante que su insolencia. Bombones, pasteles, macarrones, té, café. Todo solicitado en los pocos minutos de mi ausencia.

—Se puede notar a simple vista un aire de madurez en Adelaida.

—Es usted muy observador, Pedro. Mi Adelaida goza además de gran virtud en las artes manuales y en el delicado arte de la *pâtisserie* francesa.

—¡Hermosa por dentro y por fuera! Será sin duda una gran esposa para quien tenga la dicha de ganar su mano en sagrado matrimonio.

—Así es, Pedro. Usted lo ha dicho.

—Una esposa... ¿cómo para usted, Pedro?

Pregunté sin pensar y tapé mi boca con la mano en un gesto de terror. Había prometido guardar silencio para lo que quedaba de la tertulia, pero la desfachatez de ambos personajes fue mayor que mi compostura. Las miradas cargadas de veneno que me dieron mi madre y Pedro me aceleraron irrefrenablemente el corazón, cortándome el aliento.

—¡Luisa Clementina, cuánta insolencia de su parte! ¡Y frente al señor, para colmo! —exclamó mi madre, avergonzada.

—Madre, yo... —a punto estuve de pedir disculpas hasta que mis ojos se cruzaron con los de mi alicaída hermana,

dando rienda suelta a mis emociones—. ¡Adelaida es menor de edad y usted ya la está entregando!

Un incómodo silencio se instaló en el salón de té. En su desesperación, mi madre buscó auxilio en el abanico, el que comenzó a mover frenéticamente. Luego se giró hacia Pedro Echeverría, casi dándome la espalda. Hablando como si no existiera. El connotado anfitrión hizo lo mismo.

—Pedro, ¡oh, Pedro! No se imagina el profundo bochorno que siento en este momento. Por favor perdone a Luisa Clementina.

—Señora Teresa, no se preocupe por mí. El comportamiento de Luisa es propio de una mujer de su edad, envidiosa por la suerte que no ha de vivir. Está claro que la tosquedad de su rostro y personalidad cerrarán la puerta a todo varón complaciente que se le pueda acercar.

—¿Cómo dice? —exclamé apenas, herida en lo más profundo de mi ser. Finalmente Pedro Echeverría mostraba las garras.

—¿Habrá acaso algo más ridículo que una juventud en conserva? —dijo el hombre sin quitarme los ojos de encima—. Luisa Clementina, no sabe lo triste que es contemplar a una mujer que, con supremo esfuerzo, lucha en vano por retener los restos de su agonizante primavera...

—¿Co-cómo se atreve...? —con la mirada busqué apoyo en mi madre que a propósito me ignoró. Adelaida hizo lo mismo, pero con lágrimas en los ojos. El corazón se me iba a escapar por la garganta.

—Luisa, no hay nada más hermoso y sabio que esas mujeres que conocen el momento preciso para retirarse del escenario de modas y paseos con pretensiones matrimoniales y emplean sus energías en ayudar a los suyos. Dedíquese mejor a obras de caridad o a la crianza de sus sobrinos —sonrió

Pedro y asestó el golpe de gracia—. Verá que no hay felicidad más dulce que la de entregarse a los demás.

—Usted... no... no tiene... derecho...

Levanté un dedo acusador hacia el canalla sin quitarle la mirada de encima. Después, todo se fue a negro.